

# L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum*

*Non praevalent*

Edición para Panamá

Ciudad del Vaticano

28 de noviembre de 2021



La Iglesia  
necesita ser  
joven, necesita  
soñar

En la solemnidad de Cristo Rey el Papa celebra la misa con los jóvenes por la XXXVI JMJ

# Soñadores y constructores en medio de los escombros del mundo

*El Papa Francisco presidió —el domingo por la mañana, 21 de noviembre, en la solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo Rey del Universo— la concelebración eucarística con ocasión de la 36ª Jornada mundial de la juventud. La misa, en el altar de la Confesión de la basílica vaticana, inició a las 10. Con el Pontífice concelebraron numerosos cardenales, arzobispos, obispos y sacerdotes: en el momento de la consagración estuvieron en el altar los cardenales Angelo De Donatis, vicario general para la diócesis de Roma, y Kevin Joseph Farrell, prefecto del Dicasterio para los laicos, la familia y la vida. En la oración de los fieles se reiteró el compromiso para que se «reconozca la dignidad de todo hombre y crezca la sensibilidad hacia los débiles y los indefensos» y se recordaron, en particular, los jóvenes y aquellos que se encuentran «en dolorosas situaciones de pecado». Al finalizar la celebración, cuatro jóvenes se acercaron al Papa para entonar juntos la «Salve, Regina» delante de la imagen de la Madre de Dios colocada junto al altar. A continuación publicamos la homilía de Francisco.*



Dos imágenes, tomadas de la Palabra de Dios que hemos escuchado, nos ayudan a acercarnos a Jesús Rey del Universo. La primera, basada en el Apocalipsis de san Juan y anticipada por el profeta Daniel en la primera lectura, está descrita con estas palabras: “Viene entre las nubes” (cf. *Ap* 1,7; *Dn* 7,13). Se refiere a la venida gloriosa de Jesús como Señor y como el fin de la historia. La segunda imagen es del Evangelio, Cristo está ante Pilato y le dice: «Soy rey» (*Jn* 18,37). Nos hace bien, queridos jóvenes, detenernos a contemplar estas imágenes de Jesús, mientras iniciamos el camino hacia la Jornada Mundial del 2023 en Lisboa. Detengámonos entonces en la primera: Jesús que viene entre las nubes. Es una imagen que habla de la

venida de Cristo en la gloria al final de los tiempos. Nos hace comprender que la última palabra sobre nuestra existencia será de Jesús, no la nuestra. Él —dice la Escritura— es

tra eterna e inquebrantable confianza. Es el Señor. Esta profecía de esperanza ilumina nuestras noches. Nos dice que Dios viene, que Dios está presente, que Dios está

Gracias por las veces que cultivan el sueño de la fraternidad, por las veces que se preocupan de las heridas causadas a la creación, por las veces que luchan por la dignidad de los más débiles y difunden el espíritu de la solidaridad el compartir

Aquel que “cabalga sobre las nubes” y manifiesta su poder en los cielos (cf. *Sal* 68,5-34-35), es el Señor que viene de lo alto y no conoce el ocaso, es Aquel que permanece frente a lo contingente, es nues-

trando, y que dirige la historia hacia Él, hacia el bien. Viene “entre las nubes” para tranquilizarnos, como diciendo: “No los dejo solos cuando sus vidas están envueltas por nubes oscuras. Yo estoy siem-

pre con ustedes. Vengo para iluminar y hacer brillar la calma”.

El profeta Daniel, además, especifica que vio al Señor que venía entre las nubes, contemplándolo “en una visión nocturna” (cf. *Dn* 7,13), esto quiere decir que Dios viene durante la noche, entre las nubes a menudo tenebrosas que se ciernen sobre nuestra vida. Cada uno de nosotros conoce estos momentos. Es necesario que lo reconozcamos, que miremos más allá de la noche, que levantemos la mirada para verlo en medio de la oscuridad.

Queridos jóvenes, ¡profundicen en las visiones nocturnas! ¿Qué significa esto? Tengan ojos luminosos aun en medio de las tinieblas, no dejen de buscar la luz en medio de las oscuridades que tantas veces llevamos en el corazón y que vemos

a nuestro alrededor. Elevemos la mirada desde la tierra hacia lo alto, no para escapar, sino para vencer la tentación de quedar tumbados en el piso de nuestros miedos. Este es el peligro, que nuestros miedos nos gobiernen. No permanezcamos encerrados en nuestros pensamientos, compadeciéndonos de nosotros mismos. Alza la mirada, ¡levántate! Esta es la invitación, alza la mirada, ¡levántate! Es la invitación que el Señor nos dirige, y de la que quise hacer eco en el Mensaje que les dediqué a ustedes jóvenes para acompañar este año de camino. Es la tarea más ardua, pero es la fascinante tarea que les he dado: quedarse de pie mientras parece que todo se derrumba, ser centinelas que saben distinguir la luz en las visiones nocturnas, ser constructores en medio de los escombros —y hay muchos en este mundo de hoy, muchos—, ser capaces de soñar. Y esta para mí es la clave: un joven que no es capaz de soñar, pobrecito, ha envejecido antes de

ANDREA MONDA  
director

Silvina Pérez  
jefe de la edición

L'OSSERVATORE  
ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA  
*Unicuique suum Non procealebunt*

Ciudad del Vaticano  
redazione.spagnola.or@spc.va  
www.osservatoreromano.va

Redacción  
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma  
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE  
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico  
pubblicazioni.photo@spc.va

tiempo. Ser capaces de soñar, porque esto hace quien sueña: no se deja absorber por la noche, sino que enciende una llama, enciende una luz de esperanza que anuncia el mañana. Sueñen, estén despiertos y miren el futuro con valentía. Quisiera decirles esto: nosotros, todos nosotros, les estamos agradecidos cuando ustedes sueñan. “Pero, ¿en serio? Los jóvenes cuando sueñan, a veces hacen lío”. Hagan lío, porque el ruido que ustedes hacen es fruto de sus sueños. Esto significa que no quieren vivir en la noche, cuando hacen de Jesús el sueño de sus vidas y lo abrazan con alegría, con un entusiasmo contagioso que nos hace bien. Gracias, gracias por las veces que son capaces de seguir soñando con valentía, por las veces que no dejan de creer en la luz aun en medio de las noches de la vida, por las veces que se comprometen con pasión para hacer nuestro mundo más hermoso y humano. Gracias por las veces que cultivan el sueño de la fraternidad, por las veces que se preocupan de las heridas causadas a la creación, por las veces que luchan por la dignidad de los más débiles y difunden el espíritu de la solidaridad y el compartir. Y, sobre todo, gracias porque en un mundo que, reducido por el beneficio inmediato, tiende a sofocar los grandes ideales, ustedes no pierden la capacidad de soñar en este mundo. No vivan dormidos o anestesiados, no, sueñen estando vivos. Esto nos ayuda a nosotros adultos y a la Iglesia. Sí, también como Iglesia necesitamos soñar, ¡necesitamos el entusiasmo y el ardor de los jóvenes para ser testigos de Dios que es siempre joven!

Y quisiera decirles otra cosa, muchos de sus sueños se corresponden con los del Evangelio. La fraternidad, la solidaridad, la justicia, la paz, son los mismos sueños de Jesús para la humanidad. No tengan miedo de abrirse al encuentro con Él, que ama sus sueños y los ayuda a cumplirlos. El Cardenal Martini decía que la Iglesia y la sociedad necesitan «soñadores que

nos mantengan abiertos a las sorpresas del Espíritu Santo» (cf. *Conversaciones nocturnas en Jerusalén. Sobre el riesgo de la fe*). Soñadores que nos mantengan abiertos a las sorpresas del Espíritu Santo. ¡Es hermoso! Me gustaría que ustedes se encuentren entre esos soñadores.

Y ahora vamos a la segunda imagen, a Jesús que dice a Pilato: “Soy rey”. Impacta su determinación, su valentía, su libertad suprema. Ha sido arrestado, llevado al pretorio, interrogado por quien puede con-

proclamar con la vida que su Reino es diferente de los del mundo, que Dios no reina para aumentar su poder y aplastar a los demás, que no reina con los ejércitos y con la fuerza. Su Reino es de amor, “yo soy rey”, pero de este reino de amor, “yo soy rey” de quien da la propia vida por la salvación de los demás. Queridos jóvenes, la libertad de Jesús atrae. Dejemos que vibre dentro de nosotros, que nos sacuda, que suscite en nosotros la valentía de la verdad. Y nosotros podemos

mo que deslumbra y paraliza. Amigos, no estamos aquí para dejarnos encantar por las sirenas del mundo, sino para tomar las riendas de la propia vida, para “gastar la vida”, para vivirla plenamente.

De este modo, en la libertad de Jesús también encontramos la valentía de ir contracorriente. Y esta es una palabra que deseo subrayar, ir contracorriente, tener el coraje de ir contracorriente, no contra alguien —que es la tentación de todos los días—, como hacen los victimis-

“equilibristas”. Un cristiano que actúa así parece ser más un equilibrista que un cristiano. Los equilibristas que siempre buscan la forma de no ensuciarse las manos, para no comprometer su vida, para no jugarse en serio. Por favor, tenga miedo de ser jóvenes equilibristas. Sean libres, sean auténticos, sean la conciencia crítica de la sociedad. ¡No tengan miedo de criticar! Necesitamos de sus críticas. Muchos de ustedes están criticando, por ejemplo, la contaminación am-



denarlo a muerte. En semejante circunstancia hubiera podido dejar que prevaleciera el derecho natural a defenderse, quizá buscando “arreglar las cosas”, pactando una solución de compromiso. En cambio, Jesús no escondió la propia identidad, no camufló sus intenciones, no se aprovechó de un resquicio que Pilato le dejaba abierto para salvarlo. No, no se aprovechó. Con la valentía de la verdad respondió: “Soy rey”. Asumió la responsabilidad de su vida: he venido para una misión y llegaré hasta el final para dar testimonio del Reino del Padre. Dijo: «Para esto he nacido y he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad» (Jn 18,37). Jesús es así. Vino sin dobleces, para

preguntarnos: si estuviera aquí, ahora, en el lugar de Pilato, delante de Jesús, mirándolo a los ojos, ¿de qué me avergonzaría? Ante la verdad de Jesús, ante la verdad que es Jesús, ¿cuáles son esas falsedades mías que no se sostienen, esas dobleces mías que a Él no le gustan? Cada uno de nosotros las tiene. Búsquenlas, búsquenlas. Todos tenemos estos dobleces, estos compromisos, este “arreglar las cosas” para que la cruz se aleje. Necesitamos ponernos delante de Jesús para reconocer nuestra propia verdad. Necesitamos adorarlo para ser interiormente libres, para iluminar nuestra vida y no dejarnos engañar por las modas del momento, por los fuegos artificiales del consumis-

tas y los complotistas, que siempre cargan la culpa sobre los demás; no, contra la corriente malsana de nuestro yo egoísta, cerrado y rígido, que tantas veces busca acuerdos para sobrevivir. No, no es esto. Ir contracorriente significa ir tras las huellas de Jesús. Él nos enseña a ir contra el mal con la única fuerza mansa y humilde del bien. Sin atajos, sin falsedad, sin doblez. Nuestro mundo, herido por tantos males, no necesita de más pactos ambiguos, de gente que va de aquí para allá como las olas del mar —donde los lleva el viento, donde los lleva el propio interés—, de quienes están un poco a la derecha y un poco a la izquierda después de haber olfateado lo que les conviene. Los

Necesitamos eso, sean libres de criticar. Tengan pasión por la verdad, para que con sus sueños puedan decir: mi vida no es esclava de las lógicas de este mundo, porque reino con Jesús por la justicia, por el amor y la paz. Queridos jóvenes, les deseo que cada uno de ustedes pueda sentir la alegría de decir: “También yo soy rey con Jesús”. Soy rey, soy un signo viviente del amor de Dios, de su compasión y ternura. Soy un soñador deslumbrado por la luz del Evangelio y profundizo con esperanza en las visiones nocturnas. Y cuando caigo, encuentro en Jesús la valentía de luchar y de esperar, el coraje de volver a soñar. En cualquier edad de la vida.

A los participantes de la Asamblea eclesial de América Latina y del Caribe que se celebra en Ciudad de México

## Evitar que las diferencias se transformen en divisiones y polarizaciones

*«En una Asamblea el intercambio facilita “escuchar” la voz de Dios hasta escuchar con Él el clamor del pueblo». Lo escribió el Papa Francisco en el mensaje dirigido a los participantes de la Asamblea eclesial de América Latina y del Caribe, invitándoles a encontrar recorridos para evitar «que las diferencias se conviertan en divisiones y polarizaciones». El encuentro inició el domingo pasado y se concluirá el próximo domingo, 28 de noviembre. Publicamos a continuación el texto enviado por el Pontífice.*

Saludo cordialmente a los participantes en la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe, que se celebra del 21 al 28 de noviembre en la Ciudad de México con el deseo de impulsar una Iglesia en salida sinodal, reavivar el espíritu de la V Conferencia General del Episcopado que, en Aparecida en 2007, nos convocó a ser discípulos misioneros, y animar la esperanza, vislumbrando en el horizonte el Jubileo Guadalupano en 2031 y el Jubileo de la Redención en 2033. Les agradezco su presencia en esta Asamblea, que es una nueva expresión del rostro latinoamericano y caribeño de nuestra Iglesia, en sintonía con el proceso preparatorio de la XVI Asamblea general del Sínodo de los Obispos que tiene como tema «Para una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión». En base a estas claves que vertebran y orientan la sinodalidad —comunión, participación y misión— quisiera reflexionar brevemente sobre dos palabras, para que las tengan en cuenta de modo especial en este camino que están haciendo juntos. La primera palabra es «escucha». El dinamismo de las

asambleas eclesiales está en el proceso de escucha, diálogo y discernimiento. En una Asamblea el intercambio facilita “escuchar” la voz de Dios hasta escuchar con Él el clamor del pueblo, y escuchar al pueblo hasta respirar en él la voluntad a la que Dios nos llama. Les pido que procuren escucharse mutuamente y escuchar los clamores de nuestros hermanos y hermanas más pobres y olvidados. La segunda palabra es «desborde».

El discernimiento comunitario requiere mucha oración y diálogo para poder hallar juntos la voluntad de Dios, y también requiere encontrar caminos superadores que eviten que las diferencias se conviertan en divisiones y polarizaciones. En este proceso, pido al Señor que vuestra Asamblea sea expresión del “desborde” del amor creativo de su Espíritu, que nos impulsa a salir sin miedo al encuentro de los demás, y que anima a la Iglesia para que, por un proceso de conversión pastoral, sea cada vez más evangelizadora y misionera.

Queridos hermanos y hermanas, los animo a vivir estos días acogiendo con gratitud y alegría este llamado al desborde del Espíritu en el Pueblo fiel de Dios que peregrina en América Latina y el Caribe. Que Jesús los bendiga y la Virgen Santa los cuide con su protección maternal. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí.

Fraternalmente,

FRANCISCO  
Roma, San Juan de Letrán,  
15 de octubre de 2021

Documento de la COMECE sobre la ética en el sector financiero

## Para construir el bien común

La Comisión de las Conferencias Episcopales de la Unión Europea (COMECE) ha lanzado un llamamiento a todos los actores de las grandes finanzas, desde las instituciones de la Unión Europea hasta los gobiernos de los Estados miembros, las grandes empresas industriales y de servicios, las universidades y los ciudadanos, para que sitúen el principio del “cuidado” en el centro de su acción financiera y económica, contribuyendo a la construcción del bien común de la humanidad.

Este es el mensaje lanzado por la Comisión de las Conferencias Episcopales de la Unión Europea (COMECE) en su documento de reflexión sobre la ética en el sector financiero titulado “Un sistema financiero al servicio del bien común en tiempos de cambio sistémico”.

Redactado por el grupo de trabajo ad hoc sobre ética financiera de la COMECE, presidido por Paul Dembinski, director del Observatorio de las Finanzas de Ginebra, el texto reclama una reforma del sector para “re-

ducir los efectos negativos de las tensiones sociales y la crisis climática, que van en aumento debido a la actual pandemia de covid-19”, y para estimular un debate a nivel europeo que promueva un cambio de comportamiento a nivel individual y empresarial.

En el documento se analizan varios retos. El primero se refiere a las cargas post-pandémicas, que son más pesadas para los países de ingresos medios y bajos que tienen que recurrir a la inversión extranjera. Los expertos de la COMECE creen que es necesario iniciar un diálogo con prudencia, justicia y una adecuada escucha de todas las partes interesadas sobre el crédito, la deuda y los intereses, y la prevención del sobreendeudamiento.

Los bancos y los mercados financieros, se subraya, deben prestar más atención a los más débiles, yendo más allá de las “transacciones de mercado eficientes basadas en la equivalencia”, y protegiendo mejor al socio, al cliente, al proveedor y a la comunidad local.

## Pésame por las víctimas del atropello en Wisconsin

Pésame y cercanía a las víctimas y a los que se han visto implicados en la tragedia de Waukesha, en Wisconsin, —donde el pasado domingo un coche atropelló a varias personas que estaban participando en un desfile navideño— fueron expresados por el Papa Francisco en un telegrama, firmado por el cardenal Pietro Parolin, secretario de Estado, enviado a monseñor Jerome Edward Listechi, arzobispo de Milwaukee.

El Pontífice «encomienda las almas de los fallecidos a la amorosa misericordia de Dios omnipotente e implora para los heridos y supervivientes los dones divinos de

la sanación y de la consolación».

El Papa, se une a la comunidad en el pedir al Señor «donar a todos la fuerza espiritual que triunfa sobre la violencia y vence al mal con el bien».

En el incidente murieron cinco personas, cuatro mujeres y un hombre.

Los heridos son cerca de cuarenta, entre los cuales algunos niños. Para seis de ellos las condiciones son descritas por los médicos como críticas.

Las autoridades locales han comunicado el hombre del hombre que conducía el coche, Darrel Brooks, y han excluido la matriz terrorista.

El Papa a los participantes en una conferencia internacional

# La plaga del trabajo infantil es una lesión de la dignidad humana

*Una plaga que roba a los niños su futuro y atenta contra la dignidad de seres humanos. Es la denuncia contra el trabajo infantil que el Papa Francisco hizo la mañana del 19 de noviembre, recibiendo en audiencia en la Sala del Consistorio a los participantes de la conferencia internacional, promovida por la Comisión vaticana Covid-19 del Dicasterio para el servicio del desarrollo humano integral, con la colaboración de la Misión permanente de la Santa Sede ante la FAO, que se celebró esa tarde. El tema del encuentro «Erradicar el trabajo infantil, construir un futuro mejor». Publicamos a continuación el discurso del Pontífice.*



¡Eminencia,

ilustres señores y señoras,

queridos hermanos y hermanas!

Tengo el placer de dirigir la bienvenida a todos vosotros aquí reunidos, procedentes de distintas partes del mundo, a pesar de las dificultades causadas por la pandemia, para participar en la conferencia internacional “Erradicar el trabajo infantil, construir un futuro mejor”, que se celebrará esta tarde en el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral.

La plaga de la explotación laboral de los niños, sobre la cual hoy os encontráis para reflexionar juntos, es de particular importancia para el presente y el futuro de nuestra humanidad. El modo en el que nos relacionamos con los niños, la medida con la que respetamos su innata dignidad humana y sus derechos fundamentales, expresan qué tipo de adultos somos y queremos ser y qué tipo de sociedad queremos construir.

Deja desconcertados y turbados el hecho de que, en las economías contemporáneas, cuyas actividades productivas usan las innovaciones tecnológicas, tanto que se habla de “cuarta revolución industrial”, persista en todas las partes del mundo el empleo de niños en actividades laborales. Esto pone en riesgo su salud, su bienestar psico-físico y les priva del derecho a la educación y a vivir la infancia con alegría y serenidad. La pandemia ha agravado la situación ulteriormente,

te.

El trabajo infantil no hay que confundirlo con las pequeñas labores domésticas que los niños, en su tiempo libre y en base a su edad, pueden desarrollar en el ámbito de la vida familiar, para ayudar a padres, hermanos, abuelos y otros miembros de la comunidad. Estas actividades son generalmente favorables a su desarrollo, porque consienten poner a prueba las propias capacidades y crecer en conciencia y responsabilidad. ¡El trabajo infantil es otra cosa! Es explotación de los niños en los procesos productivos de la economía globalizada en ventaja de los beneficios y de las ganancias de otros. Es negación del derecho de los niños a la salud, a la educación, a un crecimiento armonioso, que comprenda también la posibilidad de jugar y soñar. Esto es trágico. Un niño que no puede soñar, que no puede jugar, no puede crecer. Es robar el futuro a los niños y por tanto a la humanidad misma. Es lesión de la dignidad humana.

La pobreza extrema, la falta de trabajo y la consecuente desesperación en las familias son los factores que mayormente exponen a los niños a la explotación laboral. Si queremos erradicar la plaga del trabajo infantil, debemos trabajar juntos para erradicar la pobreza, para corregir las distorsiones del sistema económico vigente, que centra la ri-

queza en las manos de pocos. Debemos animar a los Estados y a los actores del mundo empresarial a crear oportunidades de trabajo digno con salarios justos, que consientan satisfacer las necesidades de las familias sin que los hijos sean obligados a trabajar. Debemos unir nuestros esfuerzos para favorecer en todos los países una educación de calidad, gratuita para todos, así como un sistema sanitario que sea accesible a todos indistintamente. Todos los actores sociales son llamados a combatir el

trabajo infantil y las causas que lo determinan. La participación en esta conferencia de representantes de las organizaciones internacionales, de la sociedad civil, del mundo empresarial y de la Iglesia es un signo de gran esperanza.

Exhorto al Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, a quien compete también la promoción del desarrollo de los niños, a seguir en esta obra de estímulo, facilitación y coordinación de las iniciativas y los esfuerzos ya en marcha a todos los niveles en la lucha contra el trabajo infantil.

Y a vosotros, relatores y participantes en este encuentro, expreso mi reconocimiento: gracias porque ponéis en común vuestras competencias y vuestro compromiso por esta causa que es una verdadera cuestión de civilización. Os animo a ir adelante en este camino, sin desanimaros por las inevitables dificultades, pero ampliando cada vez más la red de las personas y de las organizaciones involucradas. Tengamos siempre presente las palabras de Jesús en el Evangelio: «Cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40).

Os encomiendo a vosotros, a vuestras familias y vuestro trabajo a la materna intercesión de María Santísima, y de corazón os bendigo. Gracias.

## El árbol de Navidad ha llegado a la Plaza de San Pedro

Llegó al Vaticano en la noche del lunes 22 al martes 23 de noviembre, y fue erigido por la mañana por el Servicio de Jardines y Medio Ambiente de la Dirección de Infraestructuras y Servicios de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano. Se trata del majestuoso abeto (Picea abies) de unos 28 metros, que se iluminará y decorará junto al belén de la plaza de San Pedro. Tiene un diámetro de 70 centímetros en el suelo, pesa 8 toneladas y tiene 113 años. Procede de An-



dalo, a través del Grupo Territorial Trentino de Gestión Forestal Sostenible certificado por el Pefc. El árbol fue elegido porque tenía algunos problemas que comprometían su integridad, y su tala permitirá que un joven árbol adyacente de 8 años se expanda y desarrolle. En lugar del abeto centenario se plantarán 42 ejemplares de la misma especie. La ceremonia de encendido tendrá lugar el viernes 10 de diciembre a las 17.00 horas, en cumplimiento de la normativa sanitaria para la contención de la pandemia, y estará presidida por el arzobispo Fernando Vérgez Alzaga, en presencia de la hermana Raffaella Petrini, presidente y secretaria general de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano, respectivamente.

El árbol y el pesebre permanecerán expuestos en la Plaza de San Pedro hasta el domingo 9 de enero de 2022, fiesta del Bautismo del Señor, con la que concluye el tiempo de Navidad.

Vídeomensaje a la plenaria del Pontificio Consejo de la cultura

# Reencontrar el sentido y el valor de lo humano para afrontar los desafíos del futuro

«Hoy más que nunca el mundo necesita redescubrir el sentido y el valor del ser humano en relación con los desafíos que se deben afrontar». Lo afirma el Papa Francisco en un vídeomensaje enviado a los participantes de la plenaria del Pontificio Consejo de la cultura, que se desarrolló online del 5 al 23 de noviembre.

Queridos hermanos y hermanas: Me complace dirigiros mi cordial saludo con motivo de vuestra Asamblea Plenaria, aplazada a causa de la pandemia y finalmente convocada, aunque de forma virtual. Esto también es un signo de los tiempos que vivimos: en el universo digital todo se vuelve increíblemente cercano, pero sin el calor de la presencia. Además, la pandemia ha puesto en tela de juicio muchas de las certezas en las que se basa nuestro modelo social y económico, revelando sus fragilidades: las relaciones personales, los métodos de trabajo, la vida social e incluso la práctica religiosa y la participación en los sacramentos. Pero también, y sobre todo, ha replanteado con fuerza los interrogantes fundamentales de la existencia: la pregunta sobre Dios y el ser humano.

Por eso me ha llamado la atención el tema de vuestra Asamblea Plenaria: el humanismo necesario. En efecto, en esta coyuntura histórica, no solo necesitamos nuevos programas económicos o nuevas recetas contra el virus, sino sobre todo una nueva perspectiva humanista, basada en la Revelación bíblica, enriquecida por la herencia de la tradición clásica, así como por las reflexiones sobre la persona humana presentes en las diferentes culturas. El término “humanismo” me ha recordado el memorable discurso pronunciado por San Pablo VI al final del Concilio Vaticano II, el 7 de diciembre de 1965. Evocando el humanismo secular de la

época, que desafiaba la visión cristiana, dijo: “La religión del Dios que se hizo hombre se ha encontrado con la religión (porque es tal) del hombre que se hace Dios”. Y en lugar de condenarlo y execrarlo, el Papa recurría al modelo del buen samaritano que había guiado el pensamiento del Concilio, es decir, esa inmensa simpatía por el ser humano y sus logros, sus alegrías y esperanzas, sus dudas, sus tristezas y angustias. Y así, Pablo VI invitaba a esa humanidad cerrada a la trascendencia a reconocer nuestro nuevo humanismo, porque -decía- “también nosotros, nosotros más que nadie, somos los cultores del hombre”.

Han pasado casi sesenta años desde entonces. Aquel humanismo laico profano —expresión que también

aludía a la ideología totalitaria entonces imperante en muchos regímenes— es ya un recuerdo del pasado. En nuestra época, marcada por el fin de las ideologías, parece olvidado, parece sepultado frente a los nuevos cambios provocados por la revolución informática y el increíble desarrollo de las ciencias, que nos obligan a replantearnos todavía que es el ser humano. La cuestión del humanismo parte de esta pregunta: ¿qué es el hombre, el ser humano?

En la época del Concilio se confrontaban un humanismo secular, immanente y materialista, y otro cristiano, abierto a la trascendencia. Sin embargo, ambos podrían compartir un terreno común, una convergencia fundamental sobre algunas cuestiones radicales relacionadas con la naturaleza humana. En la actualidad, esto ha desaparecido debido a la fluidez de la visión cultural contemporánea. Es la era de la liquidez o de lo gaseoso. Sin embargo, la Constitución conciliar *Gaudium et spes* sigue siendo actual a este respecto. Nos recuerda, en efecto, que la Iglesia tiene todavía mucho que dar al mundo, y nos obliga a reconocer y valorar, con confianza y valentía, los logros intelectuales, espirituales y materiales que han surgido desde entonces en diversos campos del saber humano.

Hoy está en marcha una revolución —sí, una revolución— que toca los nudos esenciales de la existencia humana y exige un esfuerzo creativo de pensamiento y acción. De ambos. Están cambiando estructuralmente las formas de entender la generación, el nacimiento y la muerte. Se cuestiona la especificidad del ser humano en el conjunto de la creación, su singularidad frente a otros animales e incluso su relación con las máquinas. Pero no podemos limitarnos siempre a la negación y la crítica. Más bien se nos pide que repensemos la presencia del ser humano en el mundo a la luz de la tradición humanista: como servidor de la vida y no como dueño suyo, como constructor del bien común con los valores de la solidaridad y la compasión.

Por eso habéis planteado algunas cuestiones esenciales en el centro de vuestra reflexión. Junto a la pregunta sobre Dios —que sigue siendo fundamental para la propia existencia humana, como recordaba a menudo Benedicto XVI— se plantea hoy una cuestión decisiva sobre el propio ser humano y su identidad. ¿Qué significa hoy ser hombre y mujer como personas complementarias llamadas a relacionarse? ¿Qué significan las palabras “paternidad” y “maternidad”? Y además, ¿cuál es la condición específica del ser humano, que lo hace único e irrepetible frente a las máquinas e incluso a otras especies animales? ¿Cuál es su vocación trascendente? ¿De dónde viene su llamada a construir relaciones sociales con los demás?

La Sagrada Escritura nos brinda las coordenadas esenciales para perfilar una antropología del ser humano en su relación con Dios, en la complejidad de las relaciones entre el hombre y la mujer, y en la conexión con el tiempo y el espacio en que vive. El humanismo de origen bíblico, en fecundo diálogo con los valores del pensamiento clásico griego y latino,

ha dado lugar a una elevada visión del ser humano, de su origen y destino último, y de su forma de vivir en esta tierra. Esta fusión entre la sabiduría antigua y la bíblica sigue siendo un paradigma fecundo. Sin embargo, el humanismo bíblico y clásico hoy debe abrirse sabiamente para acoger, en una nueva síntesis creativa, también las aportaciones de la tradición humanista contemporánea y de otras culturas. Pienso, por ejemplo, en la visión holística de las culturas asiáticas, en la búsqueda de la armonía interior y la armonía con la creación. O en la solidaridad de las culturas africanas, para superar el excesivo individualismo típico de la cultura occidental. También es importante la antropología de los pueblos latinoamericanos, con su vivo sentido de la familia y la fiesta. Así como las culturas de los pueblos indígenas de todo el planeta. En estas diferentes culturas existen formas de un humanismo que, integrado en el humanismo europeo heredado de la civilización grecorromana y transformado por la visión cristiana, es hoy el mejor medio para hacer frente a las inquietantes preguntas sobre el futuro de la humanidad. En efecto, “si el ser humano no redescubre su verdadero lugar, se entiende mal a sí mismo y termina contradiciendo su propia realidad” (*Laudato si'*, 115).

Queridos miembros y consultores, queridos participantes en la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio de la Cultura, os confirmo mi apoyo: hoy más que nunca el mundo necesita redescubrir el sentido y el valor del ser humano en relación con los desafíos que se deben afrontar. Hoy quiere que repitamos aquellos versos de un pagano: “Sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt”. Os bendigo de corazón y os pido que sigáis rezando por mí. ¡Muchas gracias!

ha dado lugar a una elevada visión del ser humano, de su origen y destino último, y de su forma de vivir en esta tierra. Esta fusión entre la sabiduría antigua y la bíblica sigue siendo un paradigma fecundo.

Sin embargo, el humanismo bíblico y clásico hoy debe abrirse sabiamente para acoger, en una nueva síntesis creativa, también las aportaciones de la tradición humanista contemporánea y de otras culturas. Pienso, por ejemplo, en la visión holística de las culturas asiáticas, en la búsqueda de la armonía interior y la armonía con la creación. O en la solidaridad de las culturas africanas, para superar el excesivo individualismo típico de la cultura occidental. También es importante la antropología de los pueblos latinoamericanos, con su vivo sentido de la familia y la fiesta. Así como las culturas de los pueblos indígenas de todo el planeta. En estas diferentes culturas existen formas de un humanismo que, integrado en el humanismo europeo heredado de la civilización grecorromana y transformado por la visión cristiana, es hoy el mejor medio para hacer frente a las inquietantes preguntas sobre el futuro de la humanidad. En efecto, “si el ser humano no redescubre su verdadero lugar, se entiende mal a sí mismo y termina contradiciendo su propia realidad” (*Laudato si'*, 115).

Queridos miembros y consultores, queridos participantes en la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio de la Cultura, os confirmo mi apoyo: hoy más que nunca el mundo necesita redescubrir el sentido y el valor del ser humano en relación con los desafíos que se deben afrontar. Hoy quiere que repitamos aquellos versos de un pagano: “Sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt”.

Os bendigo de corazón y os pido que sigáis rezando por mí. ¡Muchas gracias!



Marc Chagall, «La creación del hombre»

La catequesis dedicada a san José

# Protagonista discreto y escondido de la historia de la salvación

*San José recuerda «todos aquellos que están aparentemente escondidos o en “segunda línea”» pero sostiene el desarrollo de la vida de las personas «con la oración, con el ejemplo, con la enseñanza». Lo subrayó el Papa Francisco en la audiencia general del miércoles 24 de noviembre, prosiguiendo en el Aula Pablo VI las reflexiones sobre la figura del «esposo de María», a quien está dedicado el año especial que va a concluir. A continuación el texto de la catequesis del Pontífice, centrada en el rol de José en la historia de la salvación.*

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El miércoles pasado empezamos el ciclo de catequesis sobre la figura de san José —está terminando el año dedicado a él—. Hoy proseguimos este recorrido deteniéndonos en su rol en la historia de la salvación.

Jesús en los Evangelios es indicado como «hijo de José» (Lc 3,23; 4,22; Jn 1,45; 6,42) e «hijo del carpintero» (Mt 13,55; Mc 6,3). Los Evangelistas Mateo y Lucas, narrando la infancia de Jesús, dan espacio al rol de José. Ambos componen una “genealogía”, para evidenciar la historicidad de Jesús. Mateo, dirigiéndose sobre todo a los judeocristianos, parte de Abraham para llegar a José, definido «el esposo de María, de la que nació Jesús, llamado Cristo» (1,16). Lucas, sin embargo, se remonta hasta Adán, empezando directamente por Jesús, que «era hijo de José», pero precisa: «según se creía» (3,23). Por tanto, ambos evangelistas presentan a José no como padre biológico, pero de todas formas como padre de Jesús en toda regla. A través de él, Jesús realiza el cumplimiento de la historia de la alianza y de la salvación transcurrida entre Dios y el hombre. Para Mateo esta historia comienza con Abraham, para Lucas con el origen mismo de la hu-



manidad, es decir con Adán.

El evangelista Mateo nos ayuda a comprender que la figura de José, aunque aparentemente marginal, discreta, en segunda línea, representa sin embargo una pieza fundamental en la historia de salvación. José vive su protagonismo sin querer nunca adueñarse de la escena. Si lo pensamos, «nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes —corrientemente olvidadas— que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, [...]. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños, con gestos cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos» (Cart. ap. *Patris corde*, 1). Así, todos pueden hallar en san José, el hombre que pasa inobservado, el hombre de la presencia cotidiana, de la presencia discreta y

escondida, un intercesor, un apoyo y una guía en los momentos de dificultad. Él nos recuerda que todos aquellos que están aparentemente escondidos o en “segunda línea” tienen un protagonismo sin igual en la historia de la salvación. El mundo necesita a estos hombres y a estas mujeres: hombres y mujeres en segunda línea, pero que sostienen el desarrollo de nuestra vida, de cada uno de nosotros, y que, con la oración, con el ejemplo, con la enseñanza nos sostienen en el camino de la vida.

En el Evangelio de Lucas, José aparece como el custodio de Jesús y de María. Y por esto es también «el Custodio de la Iglesia: si ha sido el custodio de Jesús y de María, trabaja, ahora que está en los cielos, y sigue haciendo el custodio, en este caso de la Iglesia; porque la Iglesia es la extensión del Cuerpo de Cristo en la historia, y al mismo tiempo en la maternidad de la Iglesia se refleja la maternidad de María. José,

a la vez que continúa protegiendo a la Iglesia —por favor, no os olvidéis de esto: hoy, José protege la Iglesia— sigue amparando al Niño y a su madre» (ibid., 5). Este aspecto de la custodia de José es la gran respuesta al pasaje del Génesis. Cuando Dios le pide a Caín que rinda cuentas sobre la vida de Abel, él responde: «¿Soy yo acaso el guarda de mi hermano?» (4,9). José, con su vida, parece querer decirnos que siempre estamos llamados a sentirnos custodios de nues-

tros hermanos, custodios de quien se nos ha puesto al lado, de quien el Señor nos encomienda a través de muchas circunstancias de la vida.

Una sociedad como la nuestra, que ha sido definida “líquida”, porque parece no tener consistencia. Yo corregiré a ese filósofo que acuñó esta definición y diré: más que líquida, gaseosa, una sociedad propiamente gaseosa. Esta sociedad líquida, gaseosa encuentra en la historia de José una indicación bien precisa sobre la importancia de los vínculos humanos. De hecho, el Evangelio nos cuenta la genealogía de Jesús, además de por una razón teológica, para recordar a cada uno de nosotros que nuestra vida está hecha de vínculos que nos preceden y nos acompañan. El Hijo de Dios, para venir al mundo, ha elegido la vía de los vínculos, la vía de la historia: no bajó al mundo mágicamente, no. Hizo el camino histórico que hacemos todos nosotros.

Queridos hermanos y hermanas,

pienso en muchas personas a las que les cuesta encontrar vínculos significativos en su vida, y precisamente por esto cojean, se sienten solos, no tienen la fuerza y la valentía para ir adelante. Quisiera concluir con una oración que les ayude y nos ayude a todos nosotros a encontrar en san José un aliado, un amigo y un apoyo.

San José, tú que has custodiado el vínculo con María y con Jesús, ayúdanos a cuidar las relaciones en nuestra vida.

Que nadie experimente ese sentido de abandono que viene de la soledad.

Que cada uno se reconcilie con la propia historia, con quien le ha precedido, y reconozca también en los errores cometidos

una forma a través de la cual la Providencia se ha hecho camino, y el mal no ha tenido la última palabra.

Muéstrate amigo con quien tiene mayor dificultad, y como apoyaste a María y Jesús en los momentos difíciles, apóyanos también a nosotros en nuestro camino. Amén.

*Al finalizar la catequesis, antes de guiar el canto del Pater Noster y de impartir la bendición final, el Papa se dirigió a los grupos presentes en el Aula Pablo VI.*

Saludo cordialmente a los fieles de lengua española. Los animo a pedir con confianza a san José la capacidad de valorizar los vínculos de nuestra vida, valorizar a las personas comunes que nos acompañan y sostienen, para que nadie se sienta solo y abandonado y todos puedan reconciliarse con la propia historia viendo en ella la providencia de Dios pese a su debilidad. Que el Señor los bendiga. Muchas gracias.